

Un botón de muestra

Ángel Sarmiento González

Las naciones más florecientes del globo ven su engrandecimiento en la instrucción de sus hijos. En algunas obligan a los padres, bajo penas severas, a que sus hijos frecuenten las escuelas.

Los maestros bien remunerados se esmeran en que todos se asimilen la mayor cantidad posible del pan de la inteligencia.

En España, el presupuesto de Instrucción pública apenas si alcanza para tener a media tripa a los educadores. El pueblo o aldea que se ve con una escuela en propiedad y un mediano local, cuasi dichosa se le puede llamar.

En ninguna parte del mundo que se dijera que en pleno siglo XX se daba escuela en un pajar (entre nosotros, *tenada*), nadie lo creería, pero si se trasladan a Intriago, pueblo del concejo de Cangas de Onís, pueden convencerse de mi aseveración.

¡Sí, en una *tenada*! En una *tenada* reciben cuarenta niños la instrucción primaria. En qué forma, lo va a ver el lector.

La puerta de entrada, mejor dicho, el hueco de entrada -porque no hay puerta para llegar a él- es preciso subir por una tosca escalera compuesta por dos puntales de madera separados, y de uno a otro unos travesones elevados en unos pequeños rebajos en los puntales.

Los niños, para que la fuerza de gravedad no los atraiga hacia sí, tienen que agarrarse con ambas manos para subir y bajar.

Entremos. A la derecha tenemos dos cajones que han servido de envases a latas de petróleo; esos dos, con otro que hay en el suelo, son la *mesa* y el *asiento* del pedagogo. A derecha e izquierda, unos pequeños bancos puestos en fila, sirven para asientos de los niños. En el fondo del local, en sus dos extremos, se ven dos montones de hierba. Por toda mesa para escribir los veinticuatro que escriben, hay una que apenas si tiene un metro de largo.

¿Que cómo escriben? Los que no caben en esa pequeña *mesa* siéntanse en el suelo, encogen los pies, inclinan el cuerpo perfilado y con el brazo derecho sobre el banco, así escriben.

Los que se sienten molestados por estar en esta posición escriben en pie sobre un colchón de muelles que su dueño llevó allí acaso por inservible, para que pasara los últimos tiempos de su vida.

En estos días de frío, los niños vense obligados a tener los libros sobre sus rodillas para meter sus amoratadas manos en los bolsillos del pantalón teniendo que tener, para poder leer, agachada la cabeza. A los que escriben, muchas veces se les cae la pluma de la mano obligados por el frío. El aire penetra por los grandes huecos de la *tenada*, sin que nada se le estorbe. El único calor que allí se siente, es el que pueden dar unos cuantos cerdos que tienen su morada en la planta baja de la *casa*.

Un maestro hay y un local-escuela que apenas tiene seis metros cuadrados; el maestro que sufraga el Estado da seis meses enseñanza y otros seis en Soto de Cangas; pero los que tienen hijos se ven obligados a pagar de sus bolsillos otro maestro, puesto que el que paga el Estado seis meses tiene metido en la médula de sus huesos aquel terrible axioma: "La letra con sangre entra", y ese es el motivo de estar todo ese tiempo sin un niño a quien instruir.

Este artículo, si así puede llamársele, sería interminable, si fuera a poner de manifiesto lo que sobre este punto ocurre, pero lo dejo al lector para que haga los comentarios que le plazca.

Intriago, 2 febrero 1909.

A. ESE (seudónimo de Ángel Sarmiento González), "Un botón de muestra", en *El Auseva*, 6 de febrero de 1909, año XIX, núm. 932, pp. 1-2.